



LA ESTIRPE DE TORDÓN

M^a Concepción Regueiro

Capítulo IX



IX

La extraña incidencia de la luz sobre la almohada me indicó que no había dormido en mi cama. Cuando por fin conseguí abrir los ojos por completo descubrí un mobiliario desconocido, neutro e impersonal , propio de una habitación de hotel. El frío que sentía y me hacía castañetear los dientes se debía a mi completa desnudez. Por lo que parecía, había pasado la noche sin ningún tipo de abrigo. Toda mi ropa esperaba hecha una bola sobre una silla y las mantas y sábanas cubrían el suelo. Me incorporé con dificultad, medio dormida y completamente asustada. No sabía dónde estaba. Lo último que recordaba del día anterior era el aburrimiento de la espera en el aeropuerto hasta que por fin había conseguido plaza en uno de los vuelos a Vigo de la tarde y que ya en el avión había ido al servicio, pero el resto era un peligroso folio en blanco. Ignoraba lo que había sucedido en las últimas doce o catorce horas. Se suponía que para ocupar una habitación de hotel previamente habría tenido que llegar hasta el propio establecimiento desde el aeropuerto en algún medio de transporte, pedir la habitación, registrarme, subir, desnudarme, retirar la ropa de la cama y acostarme, pero yo no tenía ni idea de haber hecho nada de eso. En el tríptico de los servicios del establecimiento había dibujado un pequeño plano señalando su emplazamiento,



precisamente una calle haciendo esquina con la avenida donde se encontraba la oficina de Silvino. El espejo del cuarto de baño volvió a castigarme con las volutas y perfiles geométricos de mi torso y el par de centímetros más de lo que yo aún continuaba llamando pelo. Me asee y me vestí deprisa y tras varios minutos de búsqueda infructuosa de la llave, que finalmente supuse caída tras la mesita de noche o bajo la cama y, por tanto, recuperable por los servicios del hotel, bajé a recepción. La chica que allí estaba me lanzó una mirada cargada de curiosidad.

-Buenos días -saludó con una falsa sonrisa-, ¿qué desea?

-La cuenta de la trescientos quince, por favor -pedí mientras sacaba de la cartera mi tarjeta de crédito. La chica tecleó en el ordenador y su mirada curiosa se transformó en una mueca de inseguridad.

-¿Qué habitación ha dicho?

-La trescientos quince.

-Se confunde usted -dijo ella intentando articular una nueva sonrisa que devino en otra mueca-. La trescientos quince lleva varios días sin ocupar. Dígame su nombre y desde aquí buscaré el número de su habitación.

Sé que un tercer brazo invisible se levantó y empujó el centro de flores perfectamente acomodado en el mostrador, tirándolo y causando a la pobre empleada una gran confusión



pero que a mí me permitió salir del local antes de que se pudiera dar cuenta. Subí aquella calle desconocida a la carrera hasta que por fin el miedo me dio un tiempo muerto para meterme en una cafetería. Pese a mis nervios, pedí con voz tranquila al camarero un desayuno completo y me senté a tomarlo en una de las mesas. Nunca en mi vida había escapado de un sitio sin pagar. Era una acción que no me veía capaz de hacer ni en un momento de embriaguez, sin embargo, acababa de dejar a una pobre recepcionista en medio de una gigantesca turbación y con más que posibles problemas ante sus superiores. Lo lamentaba por ella, pero la evidencia convertía su problema en una fruslería. No podía cobrar me una habitación en la que yo había dormido porque, realmente, yo nunca había pasado por el registro, es más, me preguntaba cómo había llegado hasta el propio hotel, por cuanto el uso de cualquier medio de transporte empezaba a mostrarse como totalmente improbable. La chica me había mirado con sorpresa porque era imposible que mi cara le sonase del día anterior, pero había un detalle aún más perturbador. No había necesitado llave para entrar en la habitación, por eso no la podía encontrar. El episodio del tejado adquirió por fin la gravedad obtusamente negada todo ese tiempo, pues había optado en definitiva por la máxima absurda de que aquello de lo que no se habla no existe, pero preferí acallarlo de nuevo con la misión que me había llevado hasta esa ciudad.



Tras pagar en esta ocasión mi consumición y dejar una generosa propina, como si con ella compensase lo sucedido con el gremio de la hostelería, salí a buscar el negocio del antiguo compañero del senador.

La asesoría de empresas de Silvino estaba en un edificio de oficinas de aspecto tristón que, en contrapartida, ofrecía unas vistas increíbles de la ría. Era un piso modestamente amueblado en cuyo mostrador de entrada estaba otra chica armada de falsa sonrisa.

-Buenos días, ¿qué desea?

-Quería hablar con Silvino Galán, por favor.

-Mi padre no está en estos momentos -contestó la joven, descubriendo la naturaleza familiar del negocio-. Tenía que hacer unas gestiones fuera, pero volverá en unos minutos. Si quiere esperar... -añadió, señalándome unas butacas avejentadas. Pese a que mi estado de nervios me impulsaba a dar varias vueltas a la manzana como medida tranquilizadora, acepté su invitación. Me senté y cogí el diario local de la mesita frente a las atrasadas revistas de contabilidad como remedio de la espera y empecé a hojearlo sin interés. La pequeña noticia, sin embargo, me agarró y paralizó hasta la circulación de mi sangre: "problemas en el vuelo Madrid-Vigo".

-Buenos días, me ha dicho Sara que quería hablar conmigo.



Silvino Galán era un hombre ya entrado en la sexta década y en la condición de sobrepeso de maneras agradables, distantes de la grandilocuencia de su antiguo compañero el senador.

-Sí. Se trata de una boutique que quiero abrir aquí en Vigo. Un amigo común me dijo que hablara con usted -contesté sin pensar.

-Muy bien -dijo el hombre con una gran sonrisa conduciéndome a su despacho-. La verdad es que el tema de los nuevos clientes lo lleva mi hijo Ramiro, pero, puesto que tenemos conocidos comunes... -concedió satisfecho mientras se acomodaba en su sillón- ¿De parte de quién viene?

-De Millar-Muñoz -silabeé y su sonrisa se congeló, al igual que los ligeros movimientos de vaivén que hasta ese momento hacía sobre su asiento.

-Caramba, así que ahora Diego se ha acordado de donde vivo y me manda nuevos clientes, curioso -masculló dominando un brote imprevisto de malhumor. Comprendí entonces que ante ese giro no tenía ningún plan, y la sinceridad más cruda se me antojó como único remedio a una inoportuna falta de ideas.

-En realidad, no me manda ese señor, ni tampoco voy a montar una boutique aquí -confesé.

-No entiendo...



-Sé que el senador y usted fueron compañeros en el Colegio Mayor, y quería preguntarle una cosa de allí. Es muy importante.

-Sinceramente, señora, de eso hace una eternidad, y de esa época no guardo precisamente buenos recuerdos. No creo que pueda ayudarle y, la verdad, estoy saturado de trabajo, así que...

-Usted conoció a mi padre, ¿verdad? -pregunté sacándome la boina. Mi pelo blanco lo dejó paralizado en su gesto de indicarme la salida-. Sé que usted había descubierto una mentira sobre su domicilio.

-Hay que ver cómo el pasado viene a visitarte -masculló derrotado-. De verdad, señora, odio recordar esos años, no estoy precisamente orgulloso de muchas cosas. Yo era un chaval consentido que tuvo la mala suerte de dar con unas compañías aún más consentidas. La tomamos con aquel José Antonio como la podíamos haber tomado con cualquier otro desgraciado, y a mí no se me ocurrió otra cosa que chivarme de que no podía vivir en la dirección que constaba en su ficha porque se trataba de un edificio en construcción cercano a la casa de mis abuelos. Ya ve qué me importaban a mí sus trucos para conseguir la plaza, como si no supiera que mucha gente de allí también daba las señas de otras localidades para entrar en el Colegio.

-¿Por qué la habían tomado con él? -pregunté con



dificultad. Acababa de oír por primera vez el nombre de mi progenitor y eso me conmovía profundamente, si bien conseguí mantener mi pose tranquila. Silvino me lanzó una sonrisa inquietante.

-Porque, en el fondo, le teníamos mucho miedo. Empezando por ese pelo blanco tan raro del que nos intentábamos convencer que era un tinte, hasta su sola presencia. Se convirtió en una obsesión personal de Diego. Ese cabrón me convenció de que fuese con el cuento al director. Menuda canallada. Por una vez, aquel tipo tuvo el santo sentido común de no dar crédito a habladurías aunque, bien mirado, hubiera sido mejor que marchara de aquella.

-¿Qué quiere decir? -pregunté, sabiendo la respuesta. Silvino agitó la cabeza, como si así pudiese sacudir sus malos recuerdos.

-Aquél no era sitio para gente como él. José Antonio tenía un comportamiento tan extraño... callado, siempre encerrado en su habitación individual, duchándose con agua fría a las seis de la mañana y saliendo a caminar. Las escasas veces que hablaba contigo, era como si radiografiase tus pensamientos. Imponía de verdad. Parecía como si le diese igual el resto de la gente de su alrededor, como si tuviese un objetivo distinto de aprobar la carrera y disfrutar de aquellos años de estudiante como teníamos todos, ¿sabe?



-¿Qué estudiaba él? -interrumpí absurdamente.

-Derecho, creo. Me parece que en la Facultad también tuvo encontronazos con los catedráticos, pero eso no se lo puedo asegurar.

-¿Y por qué dijo que hubiera sido mejor que marchase cuando usted habló con el director?

-Porque desde ese día el odio de Diego creció. En un par de ocasiones posteriores José Antonio lo dejó en ridículo por sus comentarios sobre el Movimiento, la gente que su papá conocía y cosas así, ¿sabe? Ya le digo, cuando hablaba José Antonio, era como si fuese capaz de leerte lo más recóndito del pensamiento y había conseguido pararle sus bravatas con un par de frases certeras, algo a lo que nadie se había atrevido nunca, porque sabíamos de todos sus enchufes y lo veíamos capaz de arruinarnos la vida con un par de llamadas.

-O sea que mi padre era un valiente -mascullé sin querer. Silvino pensó unos segundos su respuesta.

-¿Sabe? No creo que fuera por ahí la cosa. Como le dije, José Antonio se comportaba como si no le importase nada de lo que le rodeaba. A veces parecía que nos contemplaba como si fuésemos unos insectos. Sólo cambiaba su comportamiento con aquella camarera. Hablaba con ella como si tuviesen un plan común o algo por el estilo. Eso sí que encolerizaba a Diego.



-¿Por qué?

-Encima, Diego se creía un Don Juan y decía que todas las empleadas del Colegio Mayor estaban locas por él. Pobres chicas... Que a un ser tan raro como José Antonio se le ocurriese siquiera hablar con una de ellas le parecía una infidelidad. Pensó entonces que había que pasar a los hechos y, Dios me perdone, yo fui uno de los que se dejó convencer. Aún así, nos costó mucho. Recuerdo una madrugada que queríamos sorprenderle en las duchas y se esfumó.

-¿Cómo que se esfumó?

-No se me ocurre otra forma de decirlo. Salvo que se hubiese escabullido por un ventanuco, no había otra forma de salir de allí. El caso es que nosotros lo vimos entrar en la ducha y oímos caer el agua, pero cuando entramos allí no había nadie y, a los cinco minutos nos lo encontramos sentado tranquilamente en la sala de lectura, vestido con ropa limpia y el pelo peinado para atrás, como si se acabase de duchar. La verdad es que fue una cosa que nos desconcertó completamente.

-No entiendo -reconocí.

-Y, en su momento, nosotros tampoco. Le vimos entrar a las duchas, con su toalla y su neceser y en menos de cinco minutos lo vemos acomodado en la sala de lectura esperando por el desayuno... Claro que quien la sigue la consigue, acabamos dándole la paliza. Sólo se trató de cogerle en un



momento con la guardia baja.

-¿Y cuándo fue eso? -apuré, cada vez más nerviosa.

-Precisamente, una noche que estaba acaramelado con aquella camarera. Pobre chica, aullaba pidiendo que lo dejásemos en paz hasta que uno le metió aquel pañuelo en la boca que casi la asfixia. De verdad, no es algo que me guste recordar, fue una canallada, y no hay día que no me arrepienta de haber participado en ella, pero... Él aguantaba todo sin quejarse ni defenderse, con aquella mirada de rayos X, y eso a Diego le enfurecía más. Si no llegamos a sujetarle lo habría matado a patadas.

-¿Qué más pasó? -pregunté con la vista nublada por las lágrimas, aunque entre ellas también pude distinguir la humedad en los ojos de Silvino.

-Llegó uno de los vigilantes y nos sorprendió. A él lo llevaron a la enfermería y a nosotros... Hubiéramos merecido ir a la cárcel, ésa es la verdad, pero una llamadita de Diego a su papá y la cosa quedó en una baja voluntaria de todos los implicados. En aquella época, que te echasen del Colegio Mayor podía significar incluso la propia expulsión de la Facultad. Esa misma noche, José Antonio desapareció.

-¿Desapareció?, ¿qué quiere decir?

-Al día siguiente, en la cantina nos comentaron que el albino se había encerrado en su habitación al salir de la enfermería y que esa mañana, cuando el director llamó a su



puerta para preguntar cómo estaba se encontró con el cuarto vacío y sin rastro de José Antonio. La verdad es que todo el mundo estaba muy asustado comentando eso, al igual que pasaba siempre que hablábamos de sus peculiaridades. El Colegio Mayor siempre estaba cerrado hasta las siete en punto de la mañana, y el portero juraba que nadie había salido por la puerta esa mañana.

-Pero, ¿cómo pudo ser...?

-Créame, aquello fue motivo de discusión durante mucho tiempo en el Colegio, según me comentaban después en la Facultad algunos compañeros. La ventana estaba cerrada, por lo que es imposible que saliese por ella. Por otra parte, si hubiese buscado otra salida, como las cocinas o el garaje, habría sido visto. Qué coño, no es fácil pasar desapercibido cuando llevas a cuestas varias bolsas con libros y ropa, ¿no? En todo caso, fue un asunto que procuré olvidar cuanto antes -concluyó. La historia había tenido el poder de dejarme completamente derrotada, de una forma que la cada vez más improbable enfermedad no había conseguido, pero conseguí reunir fuerzas para completar mi interrogatorio.

-¿Sabe qué pasó con la camarera? -pregunté con dificultad. Silvino miró unos instantes por su ventana, como si en la ría estuviese la respuesta.

-Pobre chica... -masculló, de nuevo con los ojos humedecidos-. Realmente, no puedo asegurarlo porque, como le



digo, yo ya me había marchado de allí, pero creo que a ella le fue bastante mal. Sé que tuvo algunos problemas con la bebida, que robó en una ocasión botellas del bar, pero eso sería lo de menos. Antes no era como ahora. Si una mujer era sorprendida en una situación comprometida, automáticamente era catalogada como una desvergonzada, así que imagino que la dirección aprovechó todo eso para despedirla. No sé, varios compañeros me comentaron que los primeros días estaba enloquecida, recorriendo el campus y preguntándole a todo el mundo por José Antonio. En una ocasión consiguió arrinconar a Luis, el que le había metido el pañuelo en la boca y llegó a golpearle, creo que estaba desesperada.

Sentía verdadera necesidad de salir de allí y coger aire. Una parte de mí incluso clamaba por llegar a la ría y sumergirme en su centro. Silvino me miraba suplicando con sus ojos todavía humedecidos un perdón que yo no podía darle.

-Usted es hija de José Antonio y de aquella camarera, ¿verdad? -preguntó de repente y yo me limité a asentir con la cabeza-. Vuelvo a repetírselo, no hay día que no me arrepienta de mi acción, pero supongo que eso ahora de poco vale. A mí me salvó conocer a Viri, mi mujer. Creo que ha sido lo mejor que me ha pasado, gracias a ella ahora me puedo considerar una persona de bien, ¿sabe? -explicó, pero en aquellos momentos yo no tenía ninguna necesidad de oír



sus justificaciones “a posteriori”, poco eficaces ya ante el mal hecho- Diego es un cabrón que se las da de político honrado y hombre recto, cuando la verdad es que es un infame que se olvidó de todos sus amigos cuando se vio con cargos oficiales. Ni siquiera se dignó a coger mis llamadas cuando...

-Lo entiendo -corté yo, deseando salir de aquel despacho de una vez.

-En todo caso, siempre podrá contar con mi ayuda, se lo digo de corazón.

-Anóteme la dirección falsa que mi padre había dado -ordené, y él obedeció de inmediato-. Necesito también su periódico.

-Sólo puedo apuntarle el nombre de la calle, pero no era muy larga. Insisto, por mi parte tendrá todo lo que necesite -dijo, contento de por fin arreglar una pequeña parte de sus antiguas culpas.

Autora: M^a Concepción Regueiro Digón; Tui, Pontevedra, España.
***La estirpe de Tordón*, Capítulo IX. Novela publicada originalmente en el volumen de mismo título de la colección Libro Andrómeda – Ciencia Ficción, núm. 11.**

La autora ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los



créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.